



Emprendedores, éticos e industriales

Ética, trabajo y productividad en Antioquia
 Alberto Mayor Mora
 Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1984,
 537 págs. (ilustrado)

La obra del sociólogo de la Universidad Nacional Alberto Mayor Mora (Cali, 1945), constituye indudablemente una apertura a la preocupación principal que ha tenido la historia económica de Antioquia: indagar los factores que determinaron la transformación de una provincia atrasada y pobre en el siglo XIX, en una próspera región líder de la industrialización colombiana en las primeras décadas del siglo XX.

Darío Fajardo en su ensayo sobre la "ética protestante de los antioqueños" subrayó la importancia del papel de la religión y de los valores que esta propaga. Jaime Jaramillo Uribe ha dicho al respecto: "si no los ha creado, el cristianismo por lo menos ha internalizado en el hombre occidental las actitudes ante el trabajo, el lucro, la frugalidad en el consumo, la previsión, en fin, las virtudes que más tarde configuraron la conducta del burgués [...]" el aspecto esbozado por Fajardo no resulta impertinente en este tipo de investigaciones y "[...] valdría la pena un estudio a fondo de la religiosidad de los antioqueños y de cómo ella ha podido permearse su conducta social incluyendo su conducta ante la vida económica".

En esta perspectiva se ubica la investigación de Alberto Mayor Mora. No se trata en ella, como lo habían hecho buena parte de los estudios hasta entonces, de identificar y estudiar los "prerrequisitos para la industrialización", bien sean atributos de la personalidad individual (Hagen),

o bien características puramente económicas (mano de obra, mercado interno, capital acumulado).

Se trata ahora de establecer cómo se constituyeron, funcionaron y contribuyeron al crecimiento industrial de Antioquia las mentalidades empresariales y obreras; así mismo, de señalar que dichas mentalidades son *formas nuevas* de pensar, hacer y sentir, elaboradas y difundidas mediante instituciones y prácticas educativas, administrativas y religiosas, *necesarias* al proyecto económico en curso. En palabras del propio autor, su propósito es "demostrar —sobre una base de *hechos* suficientemente firme— cuál fue el sentido y el empuje que dieron esas fuerzas morales a la conducta práctica de empresarios y obreros antioqueños y, en el caso de la Escuela de Minas, saber qué pautas de acción éticas motivaron a sus ingenieros a aprovechar las oportunidades económicas brindadas por la región, es decir, qué patrones de conducta los condujeron por nuevas vías de actividad; en fin, dilucidar en qué medida tales imperativos morales establecieron una base amplia para las innovaciones y aplicaciones técnicas en la economía, al dignificar y exaltar tales innovaciones y aplicaciones [...]. El análisis demuestra cómo el tránsito hacia la producción fabril implicó la exigencia de un hombre *nuevo*".

La novedad y el poder sugestivo de este enfoque en nuestro medio es evidente, y constituye un notable ejemplo de cómo la historia económica no puede construirse y comprenderse cabalmente con la manipulación de variables, coeficientes y parámetros. Hay valores, actitudes y comportamientos que son "objetos históricos" dignos y meritorios de análisis, por fuera de la discusión de los "determinantes en última instancia".

La mentalidad empresarial: rectitud, racionalidad y trabajo

Los nacientes empresarios no tardaron en percibir la conveniencia de formar a sus sucesores como elite técnica en cuyas riendas estaría el futuro de la región y del país: "Dotar

al país del verdadero tipo de capitán de industrias —escribió Alejandro López— llegó a ser un ideal concreto de la Escuela de Minas [...] se trataba nada menos que de capacitar a los ingenieros como conductores conscientes del elemento humano, de las huestes del trabajo".

Creada hace casi un siglo, la Escuela Nacional de Minas, según Mayor Mora, fue "la manifestación más clara del creciente poder de la clase social, en aumento, de mineros y comerciantes antioqueños, [...] pero al mismo tiempo fue la expresión más directa de su valoración positiva de las ciencias y de la técnica, que prometía reforzar ese dominio". Inaugurada con una prédica ética, más que con un discurso académico, por su fundador Tulio Ospina, cumple su primera etapa en 1911. Hasta entonces había predominado en su enfoque educativo la difusión de las ciencias naturales y exactas útiles; buscó además poner en contacto a sus alumnos con los problemas prácticos de la profesión, formación que era complementada con cursos de inglés, religión y urbanidad.



A partir de 1911 los programas hacen más hincapié en la administración de las "huestes del trabajo", en la difusión de los nuevos conocimientos de las ciencias naturales aplicadas y es adoptado un patrón de ética secular al eliminarse el curso de religión. La moral fundada en la religión y la conciencia social apoyada en la fe, pasan a ser reemplazadas por virtudes —enseñadas con el ejemplo de los profesores— como la honradez, la rectitud y la justicia. Además, la formación no cesaba al concluir los estudios, sino que "continuaba bajo la guía de sus maestros en las empresas

a las cuales se iban incorporando. En dos planos diferentes, pero complementarios, se adelantaba esa cuidadosa vigilancia de la Escuela a sus egresados: el nivel moral y el técnico-administrativo".

Alejandro López inicia, al parecer por primera vez en Suramérica, la cátedra de "economía industrial" en la que se ocupaba del estudio del trabajo y del trabajador en su ambiente laboral, a la luz de las entonces recientes teorías del "manejo científico". Éste se estudió en cuanto método de racionalizar el trabajo obrero y en cuanto sistema de administración empresarial.

El sector público sirvió como laboratorio para desarrollar un "saber experimental", sector del cual luego se trasladarían los ingenieros al privado. Las empresas públicas municipales y el ferrocarril de Antioquia fueron los campos de práctica por excelencia. Los ingenieros llevaron a la empresa privada tres elementos: el convencimiento de que el éxito de la empresa dependía de su organización; de que el éxito debía presuponer el control de los factores conflictivos; y de que el ingeniero tenía una trayectoria y una autoridad indiscutibles.

Tales profesionales se convirtieron, según Mayor Mora, en "una auténtica capa tecnocrática en Antioquia, ya que no solamente estuvieron firmemente convencidos de la capacidad de la tecnología para resolver los problemas sociales y, en consecuencia, interesados en incorporar y adaptar a la geografía regional los avances tecnológicos más modernos, sino que para lograr esto se integraron y ayudaron a integrar a otros ingenieros a la estructura de poder político de su departamento y de la nación".

En general, la capacidad tecnocrática contribuyó más al ascenso social de sus poseedores que al alcance del poder político; así mismo, la Escuela de Minas no fue favorecedora exclusiva de la clase alta, sino que permitió también el ascenso de las demás clases.

La corriente racionalizadora de la "administración científica" divul-

gada por la Escuela termina irrigando los programas de los partidos políticos que encontraron en ésta herramientas útiles para el control del estado y el manejo social.

Hacia la mitad del siglo el papel de la Escuela de Minas iría a debilitarse, por varias razones. Una de ellas es la aparición de instituciones especializadas en la enseñanza de la administración en los años sesenta, "pero la misión revolucionaria —concluye el autor— que le había fijado Alejandro López la había cumplido con fidelidad".

El ideal obrero: consagración, disciplina e identidad con la empresa

"Resistencia a la disciplina fabril, sedición política y relajamiento moral de las clases populares estaban, pues, a los ojos de los jefes de empresa antioqueños, íntimamente unidos y amenazaban constituirse en los años treinta en los mayores obstáculos para el funcionamiento de las fábricas". Así pues, la principal tarea acometida por los administradores y empresarios, con la ayuda de la iglesia católica, fue "urbanizar" al obrero. Es decir, hacerlo permeable a las exigencias del proceso productivo y apto para responder eficazmente a ellas, las cuales resultaban muy distintas de las de la artesanía o de las de la agricultura.

Cumplimiento de las jornadas laborales, utilización al máximo de las capacidades de trabajo, obediencia al patrono, orden en la vida personal y en la utilización del tiempo ocioso, identificación con las metas de la empresa buscando evitar enfrentamientos de clase, eran entre otros, los artículos de fe del "dispositivo moral" que se instaló como complemento del dispositivo mecánico de la producción.

Las partes componentes de aquel dispositivo eran principalmente: a. La "lección moral del patrono": varios de los primeros empresarios laboraron en el exterior como obreros, lo cual, además de facilitar el futuro entrenamiento de los trabajadores, "favoreció la transmisión y asimilación de las virtudes del trabajo: disciplina y orden, sumisión y respeto a los re-

glamentos, profunda entrega y lealtad individual, mayor dedicación y elevada productividad. Paralelamente, el hecho de que el obrero mirara a su patrono como un igual extraído de sus filas, y el patrono al obrero no como un inferior, sino como un colaborador capaz incluso de poder ascender socialmente, contribuyó a que la rígida jerarquización organizacional al estilo de Taylor fuera débil en Antioquia, al tiempo que la actitud clasista se atenuaba enormemente".



La lección moral del patrono contribuyó, pues, a estructurar las relaciones de trabajo en la óptica de la integración individual al "obrero colectivo" y de éste con las aspiraciones de la empresa. Todo ello bajo la mirada vigilante y piadosa del Sagrado Corazón de Jesús, entronizado en todas las fábricas.

b. El control interno del proceso de trabajo: Se instituyó la racionalización de los tiempos y movimientos del trabajador; sistemas de multas e incentivos de producción; control de costos; administración de los factores de conflicto, entre otras prácticas. Todas ellas fueron fruto de la aplicación del "catecismo de los industriales", como llama el autor a las ideas sobre la racionalización y la "sociología del trabajo" de Alejandro López.

c. El control del tiempo libre: El decreto 895 de 1934 estableció la jornada laboral de ocho horas, lo cual proporcionó mayor tiempo libre "y la posibilidad de introducir en él cierto número de presiones políticas, culturales y religiosas". La Iglesia, durante los años veinte y treinta, buscó orientar los movimientos obreros con el fin de contrarrestar la propaganda socialista y comunista.

La Acción Católica, la Juventud Católica, el patronato de obreras y los centros obreros, fueron las principales instituciones que participaron en la tarea de organizar bajo su sombra al trabajador. Consignas como "proletarios cristianos de Colombia: uníos en Jesucristo" fueron corrientes, y muestran la capacidad de capitalizar el lenguaje del contrincante.

Pero el control del tiempo libre no se remitió exclusivamente a las formas de asociación y lucha obrera. La reducción de la jornada laboral demandaba, además, desde el punto de vista eclesial, la necesidad de proveer los medios para el "buen uso" del tiempo libre, sobre todo por el efecto contraproducente que podía tener —y estaba teniendo— sobre el tiempo de trabajo y el trabajador. Alcoholismo, prostitución, juego, películas y obras teatrales "fuertes", eran vicios públicos que la Iglesia procuró erradicar, pero no abolir, cumpliendo una necesaria tarea de válvula reguladora. La Acción Católica organizó paseos y excursiones para los días libres; apoyó las "escuelas dominicales"; impulsó la censura cinematográfica publicada en la prensa conservadora y los cines de barrio bajo la dirección de los párrocos; y promovió la radiodifusión de programas de orientación moral para los fieles, entre otras actividades. Instrumento fundamental para llevar a cabo sus actividades fue el periódico *El Obrero Católico*, publicación que rápidamente elevó su circulación.

Las fuentes documentales

Tanto Hagen como Fajardo adolecen de la tradición que Roger Brewles criticó a ciertos historiadores nacionales: no consideran esencial la investigación y la documentación, y con gran facilidad anticipan teorías innumerables. Mayor Mora hace gala de un abundante y rico archivo documental recopilado con cuidado y paciencia. Dentro de sus fuentes primarias se encuentran informes y documentos oficiales y de empresas industriales: periódicos, libros, ensayos y manuscritos de ingenieros antioqueños (entre los que se destacan

el diario de Julián Cock y el de Jorge Echavarría); publicaciones de asociaciones y escuelas de ingeniería colombianas; entrevistas con ingenieros colombianos; escritos de políticos y de empresarios locales; documentos de obreros y organizaciones obreras; publicaciones de comunidades religiosas. Dentro de sus fuentes secundarias, pueden contarse revistas y otras publicaciones periódicas: biografías y genealogías, obras de literatura antioqueña, estudios varios sobre el país y el departamento, además de los textos básicos de administración, economía, sociología y psicología.

El examen estadístico de los datos de los ingenieros fue realizado comparando dos poblaciones de la Escuela de Minas y de la Universidad Nacional de Bogotá, mediante el uso del paquete de computador SPSS. El texto está acompañado de ilustraciones, entre las cuales se destacan las fotografías de Benjamín de la Calle, cuyo archivo fotográfico conserva la Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales (Faes) de Medellín.

La historia de esta historia

"La investigación comenzó propiamente en 1976 con la temática 'clase obrera y el desarrollo de la productividad del trabajo en Colombia'. La matriz teórica inicial se basó en la ley de la productividad del trabajo tal como había sido expuesta por Marx en *El capital* [...]. El problema aparecía en principio como puramente económico: determinar el grado de desarrollo de las fuerzas productivas en el contexto de una nación dependiente". Tras un planteamiento de hipótesis y estudios de casos en cinco grandes industrias colombianas, Mayor Mora pudo concluir que "la ley de la productividad no era una fuerza ciega que operaba fatal y mecánicamente [...] sino que estaba guiada por agentes humanos y regida por valores". Sin abandonar del todo la referencia a la productividad, el autor encontró útiles los trabajos de Weber, Merton, Bendix y Thompson. Esto le significó reorganizar el material y escogerlo con nue-

vos criterios; así mismo el "dominio científico" de la investigación se amplió por encima del límite de lo sociológico e involucró aspectos económicos, psicológicos, administrativos e históricos.

En esto el trabajo de Mayor Mora también es novedoso: no está matriculado desde sus inicios en un solo "marco teórico" inmodificable, fuera del cual no hay salvación. Tampoco se involucra en la interminable confección de discursos metodológicos *ad úsum*, ese "pasatiempo universitario por excelencia" como lo ha calificado Germán Colmenares, quien agrega: "el marco teórico resulta no ser otra cosa que la búsqueda de un mutuo reconocimiento colectivo de actividades ergotistas [...] la preocupación por la investigación ha matado a la investigación en Colombia".

SANTIAGO LONDOÑO V.



Echao palante

Gonzalo Mejía: 50 años de Antioquia
Héctor Mejía Restrepo
El Sello Editores. Bogotá, 1983

El libro del ingeniero Héctor Mejía Restrepo se publica en un momento de crisis moral y ética de una sociedad en donde ciertas fuerzas venidas de los nuevos tiempos parecen querer desdibujar el pasado histórico de un pueblo que ha sido movido por un referente general: el trabajo, y que ahora abre paso a otras concepciones que riñen con sus tradiciones ancestrales.

No sería desenfocado pensar en cierta intencionalidad del autor contra este signo de los tiempos y una tácita argumentación contra la frase